

Leromín 10 céntimos

Premio extraordinario y Medalla de oro en el Congreso Catequístico de Zaragoza.

AÑO III

Revista para los jóvenes.

MADRID

NUM. 105

GRACIOSÍSIMAS AVENTURAS DE MOSQUITO y MOSCARDÓN



DE LOS APENINOS A LOS ANDES



CONTINUACIÓN

peranzas. Ella entonces caía en mortal abatimiento; lloraba, con las manos hundidas entre sus cabellos grises; gemía como una niña, lanzando lamentos prolongados y murmurando de vez en cuando: «¡Oh, Génova mía! ¡Mi casa! ¡Todo aquel mar!... ¡Oh, mi Marcos, mi infeliz Marcos! ¡Dónde estará ahora la pobre criatura mía!» Eran las doce de la noche. Su pobre Marcos, después de haber pasado muchas horas sobre la orilla de un foso, extenuado, caminaba entonces a través de

una vastísima floresta de árboles gigantes, monstruos de vegetación, con fustes desmesurados, semejantes a pilastras de una catedral, que a cierta altura maravillosa entrecruzaban sus enormes cabelleras plateadas por la luna. Vagamente, en aquella media oscuridad, veía miles de troncos de todas formas, derechos, inclinados, retorcidos, cruzados, en actitudes extrañas de amenaza y de lucha; algunos caídos en tierra como torres arruinadas de pronto; todo cubierto de una vegetación exuberante

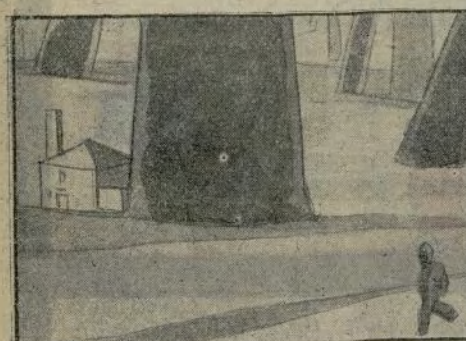
y confusa que semejaba a furiosa multitud disputándose palmo a palmo el terreno; otros formando grupos verticales y apretados, como si fueran haces de lanzas gigantes, cuyas puntas se escordieran en las nubes; una grandeza soberbia, un desorden prodigioso de formas celosales, el espectáculo más majestuosamente terrible que jamás le hubiese ofrecido la naturaleza vegetal. Por momentos le sobrecogía grande estupor. Pero pronto su alma volaba hacia su madre. Estaba muerto de



cansancio, con los pies sangrando, solo, en medio de aquel imponente bosque, donde no veía más que a grandes intervalos pequeñas viviendas humanas que, colocadas al pie de aquellos árboles, parecían nidos de hormigas, y algún que otro búfalo dormido en el camino; estaba agotado, pero no sentía el cansancio; estaba solo y no tenía miedo. La grandeza del campo engrandecía su alma; la cercanía de su madre le daba la fuerza y la decisión de un hombre; el recuerdo del Océano, de los

abatimientos, de los dolores que había experimentado y vencido, de las fatigas que había sufrido, de la férrea voluntad que había desplegado, le hacían levantar la frente; toda su fuerte y noble sangre genovesa fluía a su corazón en ardiente oleada de altanería y audacia. Y una cosa nueva pasaba en él: hasta entonces había llevado en su mente una imagen de su madre, oscurecida y como un poco borrada por los dos años de alejamiento, y ahora aquella imagen se aclaraba; tenía

delante de sus ojos la cara entera y pura de su madre, como hacía tiempo no la había contemplado; la volvía a ver cercana, iluminada, como si estuviera hablando; volvía a ver los movimientos más fugaces de sus ojos y de sus labios, todas sus actitudes, sus gestos todos, todas las sombras de sus pensamientos; y apenado por aquellos vivos recuerdos, apretaba el paso, y un nuevo cariño, una ternura indecible iba creciendo en su corazón, que hacía correr por sus mejillas lágrimas tran-



quilas y dulces. Según iba andando en medio de las tinieblas, le hablaba, le decía palabras que le hubiera dicho al oído dentro de poco: «¡Aquí estoy, madre mía; aquí me tienes; no te dejaré jamás; juntos volveremos a casa; estaré siempre a tu lado en el vapor, apretado contra ti, y nadie me separará de ti nunca, nadie, jamás, mientras tengas vida!» Y no advertía entre tanto que sobre la cima de los árboles gigantes iba poco a poco apagándose la argentina luz de la luna con la

blancura delicada del alba. A las ocho de aquella mañana, el médico de Tucumán —un joven argentino— estaba ya al lado de la cama de la enferma, acompañado de un practicante, intentando por última vez persuadirla para que se dejase hacer la operación; a su vez, el ingeniero Mequinez volvía a repetir las más calurosas instancias, lo mismo que su señora. Pero todo era inútil! La mujer, sintiéndose exhausta de fuerzas, ya no tenía fe en la operación; estaba certísima o de morir en

el acto, o de no sobrevivir más que algunas horas, después de sufrir en vano dolores mucho más atroces que los que debían matarla naturalmente. El médico tenía buen cuidado de decirle una y otra vez: «¡Pero si la operación es segura y vuestra salvación cierta, con tal de que tenga algo de valor! Y, por otro lado, si se empeña en resistir, la muerte es segura.» Eran palabras lanzadas al aire. «No —respondía siempre con su débil voz—; todavía tengo valor para morir, pero no



DIOS CASTIGA A LOS HIJOS QUE NO SOCORREN A SUS PADRES Y PREMIA A LOS QUE LOS AMPARAN

—En cierta ocasión un hijo llevaba a cuestas al asilo a su padre anciano, y para descansar se detuvo junto a una piedra del camino, en la que se sentó el padre.
—Oh! Cómo me castiga Dios—dijo el anciano llorando.
—¿Por qué dice usted eso, padre?—preguntó el hijo.
—Porque, aquí en esta misma piedra estuvo sentado tu abuelo cuando, como tú ahora conmigo, le traje al asilo.

Esta revelación y coincidencia impresionó al hijo y pensó que cuando él fuese viejo, tal vez tendría que sentarse, camino del asilo, en aquella piedra.

—Padre—dijo entonces—. Volvamos a casa, pues no quiero recibir de Dios el castigo que merece el hijo que abandona a su padre.

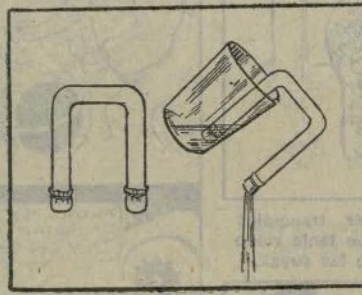
Así lo hicieron, y Dios premió al piadoso hijo, haciendo que desde aquella fecha todos sus negocios le saliesen bien, logrando reunir una gran fortuna.



LA GOLONDRINA

En este juego pueden tomar parte muchos niños; se realiza del modo siguiente:

Se hacen dos rayas paralelas en el suelo, distante una de otra cuatro o seis metros; después se sortea, para ver quién ha de hacer de «golondrina»; al que le toque se le vendan los ojos y se pone con las piernas abiertas, formando arco sobre una de las rayas, y los otros jugadores van tirando por detrás y por debajo de las piernas las gorras o un tejo, de forma que no rebasen la línea de frente; cuando han tirado todos, la «golondrina», agachado sobre el suelo, va buscando a tientas las gorras o tejos, y si toca con alguna, la coge, se quita la venda, y el dueño de ella pasa a ser «golondrina». Cuando deja atrás alguna gorra, la coge el dueño y queda libre; si la «golondrina» se separa del sitio en que están las gorras, los jugadores la avisan, diciendo: «Golondrina», vuélvete a la derecha», o a la izquierda. Si pasa la raya sin tocar ninguna gorra, los jugadores la emprenden con ella a golpes con pañuelos anudados, hasta que se pone otra vez de puente.



SOBRE EL USO DEL SIFON

Aun hay un procedimiento más sencillo que el que indicamos el día anterior para impedir que el sifón, al sacarlo del líquido, quede vacío; además tiene otras ventajas. Consiste en tapar los extremos del sifón con trozos de lienzo, en la forma que indica el dibujo. Preparado así el sifón, funciona admirablemente; el lienzo sirve de colador y además se puede apurar todo el líquido que se desee transvasar, pues para que el sifón, así preparado, funcione es suficiente con que parte de la boca del extremo esté sumergida.

Y seguiremos hablando del sifón, que tan útil y práctico es su empleo en múltiples ocasiones.

ESPAÑA MONUMENTAL, ARTISTICA Y REGIONAL



Jerez de la Frontera.—Detalle de la Colegiata,



Rivalta.—Jesus difunto. Ayuntamiento de Madrid



Cáceres.—Escudo y tipo regional.



Cascarilla ★

PANCHO Y FARINA

Maravillosa Historia de Jeromin

MIKI, MICI Y MIAU

★ Repollo



—Nada, que el nene este ha de darme siempre la lata. Le encerraré en el cuarto de baño, para que me deje leer el periódico.



¡Nada, no puedo leer tranquilo! ¿Qué estará haciendo, que tanto ruido hace? Alguna trastada de las suyas.



—¡Cascarilla, Socorro!, que se ha roto la canería del cuarto de baño y sale mucha agua. ¡Corre a componerla!



—¡Sí, sí! ¡Ya a buena hora! Todo el cuarto está inundado. Cerraré para evitar que salga aquí el agua.



Pero el agua tuvo más fuerza que Cascarilla, y ya ven las consecuencias. Y decía el nene: «¿Por qué te bañas aquí? Se lo voy a decir a mamá.



¡ES DEMASIADA CARGA, FARINA. SE NOS VAN PERDIENDO TODOS LOS PAQUETES!



SI PUERIS AYUDARME, CON ESTE TRONCO PODAMOS CONSTRUIR UN MAGNIFICO TRINEO



AHOR SE LE DA MEDIA VUELTA Y LISTO



AUNQUE VAYAS DE PRISA NO TE IMPORTA, ¿SABES?



¡QUE PELOTAZO LE VOY A DAR A ABEL!



Luisita y JEROMIN están en el huerto cogiendo fruta para el postre, y tan entusiasmados están que no se dan cuenta de la presencia del «Mantecas» y «Colilla», que van dispuestos a quitarles todas las



corrón al «Colilla», que estaba debajo. Luego, JEROMIN se tiró sobre un peldaño de la escalera, que el «Mantecas» tenía cogida. Ya celebraba este el porrazo que iba a darse JEROMIN, pero le sa-



Furioso el «Mantecas» quiso vengarse, y para ello rápidamente se agachó, y cogiendo el extremo de la escalera, la levantó, con el fin de derribar a JEROMIN, cosa que lo logró, pero con tal oportunidad que se apoyó con la mano sobre el ladrillo con-



que intentaba darle un golpe el «Colilla», que sacó mal paradas las narices. Y como siempre, JEROMIN y Luisita se marcharon a casa, celebrando el percance, mientras los gorfos lamentaban su fracaso.



manzanas que han cogido. Para ello, el «Mantecas» se lanza a quitar la escalera sobre la que está subido JEROMIN, y este, para no caer, se agarró a una rama, que, al ceder, dió un morrocotudo cos-



lió fallida la cuenta, porque con el peso de JEROMIN se le escurrió la escalera, que fue a magullar un pie, con gran regocijo de JEROMIN, que le preguntaba: —Qué, ¿están ricas las manzanas?



SE ME ESTÁ OCURRIENDO UNA DIABLURA...



VA SE VO LO QUE PRETENDE ESTA



PRIMERO VEAMOS COMO TE PONES



COMO SIGAIS COGIENDO LOMBRICES ME MARCHO, PORQUE A MI ME DAN MIEDO.



AHOR ME MARCHO CON LAS CAÑAS Y NO PUEDEN PESCAR!



¡JA, JA, JA, JA! CUANDO QUIERAN RECORDAR, VA HACE DOS HORAS QUE ESTOV EN MI CASA.



¡JE, JE, JE, JA JA JA JA JA!



¡AHORA PARA QUI- TARTÉ LA TINTA DE LA CARA, TE VAS A VER MAS QUE NEGRA



—Voy a comprarme unas gafas de aumento, para ver bien dónde he de dar a Severo un garrotazo.



Asi aseguraré el golpe y me verá, al fin, libre de tan falso amigo.



¿Aumentan mucho esas? Pues entonces me las llevo. Ya las devolveré otro día.



Ya viene por allí la víctima; en cuanto esté más cerca me pongo las gafas y... ¡Pum!



¡Garacoles! Lo que ha crecido! ¡Imposible! No puedo alcanzarle a la cabeza y renuncio al garrotazo!



Cuentos fantásticos

HISTORIA DE ALADINO O LA LAMPARA MARAVILLOSA

(Continuación.)

«Ya decía yo, hijo mío—contestó la madre—, que esos genios o esos demonios te iban a trastornar la cabeza. ¿Cómo se te ocurre casarte con la princesa? Estás loco rematado.» «Os equivocáis, madre; estoy en mi sano juicio. Ya sé que no soy más que el hijo de un pobre sastre y que los sultanes no se dignan conceder la mano de sus hijas sino a príncipes herederos del trono; pero yo quiero casarme con la princesa y os suplico que vayáis vos misma a pedirle al Sultán para que me la ceda por esposa.» «Pero, hijo mío—respondió la madre cada vez más atónita—, si se tratase de una joven de nuestra categoría, no tendría inconveniente alguno y accedería muy gustosa a lo que pides; pero de nosotros a una princesa hay una distancia infinita. ¿Quién soy yo para presentarme al Sultán, ni quién eres tú para aspirar a la mano de su hija? Además, para que el Sultán escuche con benevolencia a los súbditos, ya sabes que es preciso llevarle algún obsequio, y nosotros no tenemos nada digno de la grandeza de un soberano. Reflexiona un poco y compren-



derás la locura de tus deseos.» «No os inquietéis, madre mía, por ninguna de esas dificultades. Yo tengo un gran tesoro en lo que nosotros creíamos que eran cristales de colores. He visto las mejores joyas que hay en la ciudad y puedo aseguráros que las piedras que yo traje del jardín subterráneo valen más que todas ellas juntas. Traed una bandeja, ponedlas sobre ella y veréis los hermosísimos resplandores que despiden.» Cuando la madre de Aladino vio los cambiantes de aquellas piedras, quedó pasmada de su hermosura, mas no se decidía aún a presentarse con ellas ante el Sultán. Aladino acabó de convencerla, diciéndole que esperaba salir felizmente del paso con el auxilio de la lámpara. Al día siguiente se dirigió la buena mujer llena de miedo al palacio del Sultán, donde estaban ya reunidos los grandes de la corte para celebrar audiencia. La pobre señora, que llevaba las piedras preciosas en la bandeja envueltas con un lienzo de extraordinaria blancura, estuvo allí dos horas de pie sin que nadie le dirigiese la palabra, y apenas se terminó la audiencia volvió a su casa fatigada de cansancio. Cuando Aladino la vio volver con la bandeja, se creyó que el Sultán había rechazado la petición; pero al referirle su madre lo acontecido la rogó que volviese al otro día. Así lo verificó ella, y por espacio de seis días consecutivos nadie le dirigió ni una palabra. Mas el Sultán, viendo siempre delante del trono a aquella mujer tan modesta y silenciosa, preguntó al gran Visir qué era lo que solicitaba; el Visir le contestó que sería alguna mujer que vendría a molestarle con quejas de los vendedores de comestibles y que probablemente traía la muestra del artículo debajo del lienzo. No satisfecho el Sultán con esta respuesta, ordenó al día siguiente que pasase

ante él la mujer que allí estaba tan silenciosa; y cuando la tuvo ante sí le preguntó con acento bondadoso qué deseaba. La viuda se postró ante su soberano y le dijo: «Grande y poderoso monarca, antes de exponeros el objeto que aquí me trae os ruego perdonéis la audacia de la petición que voy a haceros y que sólo con recordarla me hace enrojecer de vergüenza.» Ordenó el Sultán que saliesen todos para que la viuda hablase con más libertad, y después la madre de Aladino, algo más tranquila y confiada, explicó detenidamente los proyectos de su hijo y las muchas reflexiones que ella le había hecho para disuadirle. El Sultán, sin molestarse en lo más mínimo, vista la actitud de la buena mujer, le pidió que le mostrase lo que traía envuelto en el paño blanco. Ella le presentó las piedras preciosas, que dejaron maravillado al Sultán, el cual, después de examinarlas, exclamó lleno de gozo: «No hay en el mundo una colección de piedras preciosas mejores que ésta y confieso que son dignas de la princesa mi hija. Ahora necesito reflexionar sobre lo que me decís: volved a verme dentro de tres meses.» La viuda, que ni en sueños esperaba tan benévola acogida, volvió a casa loca de contenta; y Aladino, cuando oyó lo que su madre le decía, se creyó el más feliz de los hombres y no se cansaba de darle gracias por el interés y el cariño con que la ayudaba en su empresa. A los tres meses justos la madre de Aladino volvió a palacio y se colocó en el sitio de la primera vez. Apenas la vio el Sultán le mandó que se acercase y ella le recordó la promesa que se le había hecho. El Sultán se vio embarazado, porque no quería confiar su hija a un desconocido; pero el gran Visir le aconsejó que la pusiese a tan alto precio que ningún hombre pudiera alcanzar su mano. Se dirigió, pues, el Sultán a la viuda que esperaba ansiosa y le dijo: «Estoy pronto a entregar la mano de la princesa Brudulbudura a vuestro hijo, siempre que él me traiga cuarenta grandes fuentes de oro macizo llenas de piedras iguales a las del primer regalo; estas joyas deben ser traídas a palacio por cuarenta esclavos negros y cuarenta blan-



En un bosque dilatado grande silencio reinaba, y un ciervo, que allí emigrado llegó, dijo consolado: «Hallé la paz que buscaba!» «Este silencio no es paz—contestó la liebre, triste—; aquí hay un tigre voraz, que arredra hasta al más audaz, y no hay de miedo quien chiste.» Así pueblos conocemos, donde un tirano opresor silencio impone, y creemos que es paz lo que en ellos vemos, cuando es tan sólo terror.

Ayuntamiento de Madrid



Querí 2 A NOTA qui TO amen to 2 quereis que os Ap loo y A NOTA Dren. Lo. grarlo: cosa sencillísima. ¿Sabéis como? B C E F A senciller y nobleza. El que orgull y con 2º incencio se ve On NOTA na NOTA y B p cia NOTA Dto 2.

SOLUCION DE LA CARTA ANTERIOR

Queridos amiguitos: No cometáis nunca una acción mala pensando que será por una sola vez, pues os equivocareis. El que obra mal, por primera vez, con facilidad recae y, en poco tiempo, llega a adquirir costumbre, que difícilmente podrá ya desecharse. Por nada ni por nadie consintáis nunca en cometer un acto indigno. ¿Me lo prometéis?—JEROMIN.

CONSEJOS DE JEROMIN

Sigamos, amiguitos míos, ocupándonos de los pájaros, a los que son mis deseos cojáis un gran cariño y mucho respeto. Ya os digo que los pájaros son a modo de guardas que Dios ha puesto para que defiendan los frutos del campo.

Si no fuera por ellos, la Humanidad no tendría muchas veces qué comer. Y son guardas tan activos y vigilantes, que rara vez descansan, sobre todo en el tiempo de los nidos, en que necesitan redoblar su actividad para dar de comer a sus pajaritos, que son glotones como los niños sanotes. Yo no sé si habéis visto alguna vez a unos pajaritos que trepan por el tronco y ramas de los árboles. Si los habéis visto, tal vez creísteis que estaban divirtiéndose como los chicos traviesos que trepan por los palos del telégrafo o del alumbrado. ¡Cómo os equivocasteis! Esos pajaritos estaban trabajando, esto es, limpiando de insectos dañinos al árbol, insectos que si no los destruyen, roen las yemas y hojas, ocasionándolos frecuentemente la muerte, o destruyendo sus frutos. ¡Ya véis si merecen gratitud y respeto tales pajarillos! Lo mismo puede decirse de las golondrinas y vencejos. Sin duda os figuráis cuando los veis volar, dando vueltas y revueltas, subiendo y bajando por el aire, que juegan como los chicos en las plazas y calles. Ca, no juegan; están trabajando, están cazando moscas, mosquitos, mariposillas y otra porción de insectos dañinos, que si se les dejara libres nos harían imposible la vida. ¿No os parece, pues, una ingratitud monstruosa o una vergonzosa ignorancia el perseguir y matar a los pájaros, consagrados a nuestro servicio, a defender nuestro alimento? Meditad sobre esto, jeroministas.

ACERTIJOS Y ADIVINANZAS

Una viejita arrugadita tiene atrás una tranquita.

Pasa es;

el que no lo adivine, burro es.

(La solución en el próximo número.)

Solución al anterior: Hipotenusa.

La España Gloriosa



AGUSTINA DE ARAGON

José Bonaparte, el rey intruso, a quien su hermano Napoleón sentara en el trono usurpado a Fernando VII, huía de Madrid, porque España entera habíase convertido en verdadero volcán. En todas las provincias se luchaba heroicamente por nuestra querida independencia; los inauditos excesos, los crímenes horrendos de los franceses invasores encendían la ira de los más pacíficos; el más acendrado patriotismo ardía en todos los pechos, y el amor al rey vejado y prisionero y a la Religión escarnecida alimentaba este santo entusiasmo que había de hacer héroes de un puñado de paisanos mal armados que en el Bruch pondrían en fuga a los vencedores de Austerlitz y de cien memorables batallas; de los habitantes de una pequeña e indefensa ciudad como Gerona, que resistieron el empuje de tropas formadas en los asaltos; de las fuerzas mal organizadas, pero bien dirigidas por don Francisco Javier Castaños que, con su victoria de Bailén, había de señalar el eclipse de la estrella de Napoleón; y, sobre todo, de los zaragozanos que, en dos sitios famosos en la historia del mundo, escribieron una de las más brillantes páginas de la nuestra.

La conducta de los franceses, que por dondequiera que pasaban dejaban huellas de sangre; el desenfreno de la soldadesca, para la que no había exceso desconocido, y la salvaje crueldad de Murat, lugarteniente de Napoleón en España, en la represión del movimiento del 2 de mayo en Madrid, llevaron fuera de los límites de todo miramiento la agitación que habían provocado en Zaragoza.

Las autoridades constituidas, obedeciendo órdenes de la Junta Suprema que, presidida por el infante don Antonio, hermano de Fernando VII, que en apariencia gobernaba la nación, trataron de calmar los ánimos y nombrar diputados para el Congreso que había de reunirse en Bayona con objeto de reconocer la elección hecha por Napoleón de su hermano José para el trono de España; pero esto puso el colmo a la medida, y los buenos zaragozanos se pusieron al habla con los generales españoles que operaban en Navarra y Cataluña. Palafox llegó, disfrazado, a la ciudad, y el pueblo, entusiasmado, se apoderó de las armas, le nombró caudillo y designó los jefes que debían secundarle en la empresa que había de inmortalizarle.

Palafox se ocupó inmediatamente en organizar sus fuerzas: ¡200 hombres!, situándolas en los caminos, calles y paseos y al pie de los cañones, y se apoderó de los fondos públicos, que apenas llegaban a dos mil reales.

Los franceses dominaban en Cataluña y se disponían a salir de Navarra para sojuzgar a otros pueblos, pero esto no arredró a los valientes aragoneses ni a su digno general; por el contrario, de todos los pueblos de la comarca acudían patriotas a Zaragoza, y se iban organizando tercios y fusileros y preparándose los medios de defensa del débil castillo y las tapias que constituían la fortaleza de la ciudad.

A principios de junio se supo que un ejército enemigo de 8.000 soldados de infantería y 900 de caballería había salido de Pamplona con dirección a Zaragoza. Palafox salió a su encuentro con las escasas

Y Zaragoza (Cádiz)

COLABORACION INFANTIL CASTILLA LA VIEJA Y EXTREMADURA



lafox salió a su encuentro con las escasas fuerzas de que disponía, y el resultado de tan heroica y temeraria empresa no podía ser otro que el descalabro de los nuestros, que fueron arrollados por las aguerridas y disciplinadas tropas francesas en Tudela, donde tuvieron que pasar el río en barcas, por haber cortado los vecinos el puente en Mallén, Gallur y, por último, en Alón, donde Palafox defendió con sin igual denuedo, aunque sin fruto, la entrada de la villa con 5.000 paisanos, 80 dragones del rey, dos piezas de artillería y varios soldados y oficiales sueltos.

Los aragoneses volvieron a Zaragoza, donde el dolor se mezcló con el entusiasmo y apercibieron todos para el último esfuerzo de civismo.

El 14 de junio, el general Lefebvre Desnouettes se acercó a la ciudad, al frente de una poderosa división, muy ajeno de que había de hallar tan gran resistencia, sobre todo después de la victoria de Alagón.

Palafox se había colocado, con las pocas tropas de que disponía y algunos paisanos, fuera de la ciudad, pero cerca de ella; mas, comprendiendo que hubiese sido temeridad

(Continuará.)

ROMPECABEZAS



1.º Este dibujo encierra un misterio; le descubriréis uniéndolo los puntos del 1 al 24.



2.º ¿Dónde están los cuatro ladrones que persigue ese guardia civil?

JEROMIN, la revista para jóvenes más artística, amena e instructiva.

Con censura eclesiástica.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un ejemplar, 5,20 pesetas al año.

Por paquetes de cinco ejemplares en adelante, a razón de ocho céntimos ejemplar.—Número suelto, 10 céntimos.—Pagos adelantados.

Dirección y Administración: Calle Mayor, número 92, pral. izquierda. Madrid.

Teléfono 18.491.



Juanito y su hermana Priscila habían salido aquella mañana a hacer una visita a unos parientes, para lo cual tenían que atravesar el bosque; iban tan tranquilos los dos hermanitos, cuando fueron a dar, de manos a boca, con un oseño, que estaba apresado en un cepo.

El primer impulso fué de miedo e iniciaron la huida; mas rehaciéndose inmediatamente, volvieron a donde la fierrecilla, inútilmente, se debatía, y la libertaron movidos a compasión ante sus tristes gruñidos y la mirada suplicante que parecía dirigirles. Una vez consu-

mada su obra de misericordia, Priscila no se resignó a abandonar al osito y lo cogió en brazos, dispuesta a llevárselo a casa para curarlo. No bien lo tuvo en los brazos sonó a su espalda un sordo gruñido, viendo los niños, con terror, que éste había sido emitido por la ma-



dre del oseño, que, a todo correr, se aproximaba a donde ellos se encontraban. Los niños, presos de pánico, abandonaron a su protegido, dándose precipitadamente a la fuga, mientras la osa llegaba a donde yacía su hijito y se dedicaba a lamerle la pata, con maternal

solicitud. Juanito y su hermana, mientras tanto, llegaron tras unas peñas e hicieron alto para normalizar su respiración. Mas cuál no sería su asombro cuando vieron surgir de entre las peñas un indio, que, vociferando, les comenzó a increpar duramente. Aquel indio era

el autor de la celada en que había caído el oseño, y había presenciado cómo los niños le habían arrebatado su presa, no saliendo él antes de su escondrijo por advertir la presencia de la osa en las inmediaciones, la cual, como sabemos, pasó inadvertida para los ni-



ños. Inmediatamente les cogió de la mano y se les llevó en dirección de su campamento, jurando tomar en ellos dura venganza. Pero he aquí que la osa, que por el olfato había venteado al indio, salió en su persecución, y cuando menos se lo esperaban surgió de entre unos árboles, mostrando los colmi-

llos de una forma nada tranquilizadora. El indio, presa del pánico, soltó a sus dos prisioneros y salió corriendo como alma que lleva el diablo, seguido de cerca por la osa y su vástago, mientras nuestros pequeños se abrazaban muertos de miedo, sin acertar a tomar una decisión. Mientras tanto, el indio ganó un

árbol; mas la osa trepó tras él, dispuesta a no dejarle escapar, pues por el olor del cepo había descubierto al autor de la celada, mientras Juanito y Priscila proseguían su camino sin el menor riesgo, gracias a su buena acción, que había provocado el agradecimiento de la fiera.

HISTORIA DE UN MOZALBETE APELLIDADO «CHURRETE» (Continuación.)



Ahora, dijo Churrete, es necesario quitar la piel al tigre, pues de ella voy a hacer el aeroplano que necesito para visitar mi reino. Con qué, listos,

dejad esa cara de bobos y que no tenga yo que repetir la orden con el bastón. Los negritos, temerosos del acostumbrado coscorrón, se pusieron a la obra y

en un periquete el tigre estuvo desollado.

(Continuará.)